

## **Nota crítica**

### **Los criterios de validación en la intervención sociológica**

*Francois Dubet*

ESTE TEXTO PRETENDE SER una reflexión sobre las formas de validez científica a las que aspira la intervención sociológica. Así se podría responder a quienes no ven en este método sino una técnica particular para recopilar material sociológico o, al contrario, a quienes lo consideran la expresión de un profetismo sociológico, una pura formalización metodológica, una predicción creadora. Más sencillamente aún, en la intervención sociológica se ha llegado a ver una nueva técnica de trabajo con los grupos.

Sin duda el trabajo con grupos no es ninguna novedad, pero, contra lo que a menudo se piensa, la intervención en los grupos no aporta nada a la definición de la naturaleza del objeto estudiado. Por un lado es preciso deslindarse de la ideología "grupal", es decir, que un grupo es un objeto que sólo adquiere sentido en la medida en que es un lugar de "experiencias" de comprobación. Por otro, no es necesario que el grupo se someta a metodologías cuantitativas, a estímulos estrictamente controlados o a objetivos para acceder a la legitimidad de objeto de saber. Como cualquier otro objeto de las ciencias humanas, el grupo sólo cobra sentido en función de la teoría más o menos explícita que lo define y lo analiza, incluso en las tendencias experimentalistas, como lo demuestra Moscovici (1979) cuando critica las interpretaciones del conformismo en tanto que respuesta a disonancias introducidas de modo experimental.

Aquí defenderemos la idea de que la intervención sociológica debe concebirse como un *conjunto analítico* en el cual la teoría y el método están necesariamente ligados. La producción de nuevos hechos y de conocimiento sólo se da si el investigador rige su intervención por una teoría, incluso cuando ésta acarrea hechos inesperados que, a su vez, conducen a la formulación de nuevas hipótesis y hasta, en algunos casos, al replanteamiento de ciertos aspectos de la teoría. No basta decir que teoría y práctica están ligadas en aras de una fórmula un poco vaga y ritual, sino que se trata de mostrar que la teoría predomina al definir el objeto pero que también puede reformularse a la hora de analizar los efectos producidos. En un conjunto analítico, todo se juega primero en el ámbito de la teoría, y así lo demuestra Manoni (1980) en cuanto a la génesis del psicoanálisis. Considerar la intervención sociológica como una técnica equivaldría a caer en el peor de los contrasentidos. Pero, ¿cómo afirmar que un método responde al funcionamiento de una teoría sin correr el riesgo de proponer un círculo tautológico en el cual los hechos no podrían nunca invalidar la teoría, no demostrarían nada, y se limitarían a ilustrar continuamente un discurso sobre la sociedad? ¿Cuál es la validación que le corresponde a la intervención sociológica?

### Acción y situación

Antes de entrar de lleno en los problemas de la validación, es preciso dar un largo rodeo para definir la naturaleza del objeto que nos ocupa. Estudiamos la acción colectiva, los movimientos sociales, la acción histórica, en otras palabras, el conjunto de las luchas sociales en las cuales se supone que se cristalizan las apuestas\* centrales de una sociedad, independientemente de que los agentes las formulen en términos económicos, políticos o culturales. Estas nociones evocan más bien el ruido y el furor de las revueltas, de las huelgas, de las manifestaciones y de las concentraciones que el trabajo con pequeños grupos construidos por los investigadores. Tales fenómenos también están muy alejados del campo de intervención usual de los psicólogos

\* Traducimos "enjeu" como "apuesta", conscientes de que ambos términos no son estrictamente equivalentes, (N. del T.)

(empresas, equipos, hospitales, instituciones), que casi siempre está definido por la relativa estabilidad de los roles y una integración funcional que la asemeja a sistemas formales y más o menos cerrados.

1. ¿Por qué razones recurrimos a pequeños grupos de militantes para analizar fenómenos tan vastos y tan vagamente delimitados como las acciones colectivas? La respuesta pertenece al ámbito teórico y fue ampliamente esclarecida en la obra de Alain Touraine; por lo tanto, no es necesario insistir en ello. Simplemente quisiéramos subrayar que este trabajo supone un deslinde con respecto a las representaciones más clásicas y aceptadas de la acción colectiva. Recordemos que se trata, en la mayoría de los casos, de concebir y explicar las acciones colectivas como *respuestas* a variables definidas en términos de situación, incluso cuando éstas no se describen en términos económicos, como por ejemplo para Smelser (1962), quien otorga un papel central a la emergencia de “creencias generalizadas”. En todo caso, para este autor la acción se explica por una “tensión estructural” que provoca una desorganización de la comprensión y del sentido, frente a la cual los agentes *reaccionan* con un movimiento de racionalización ideológica, modificando la acción inmediata e instrumental que se erige así en norma de respuesta racional a una nueva situación. Aunque desglose varios niveles de acción colectiva y las condiciones favorables a su desarrollo, es cierto que el modelo de Smelser funciona según el esquema frustración-respuesta.<sup>1</sup>

Los “valores alternativos” que son, para él, el signo de un movimiento social de alto nivel, están ligados a la “incertidumbre psicológica” de los agentes. Pero, de la misma manera que Moscovici muestra que las luchas de las minorías no tienden forzosamente a resarcir una incertidumbre creando una nueva norma reductora de tensiones, nada nos permite afirmar que las movilizaciones colectivas son siempre un efecto de la desorganización de los sistemas de acción. En este caso y sin lugar a dudas, la acción se analiza como un *comportamiento* (Gurr, 1970).

Al definir la acción como un comportamiento, el sociólogo se orienta naturalmente hacia el estudio de los factores que aceleran o frenan la movilización, y define el nivel del sistema so-

<sup>1</sup> Cf. Dubry (1980).

cial cuya crisis se manifiesta más o menos directamente en la acción colectiva.<sup>2</sup> Esta imagen de la acción colectiva es sumamente nítida en el caso de las teorías sobre la sociedad de masas; según éstas, la acción colectiva resulta de la crisis de las solidaridades tradicionales. El movimiento colectivo siempre se explica por una presunción de desocialización, de “apertura a la disponibilidad”, para retomar la expresión de Germani, que afecta los estatutos de los individuos. La acción colectiva responde a un orden derrotado y aspira a uno nuevo (Germani, 1971). La crisis del estatuto es el factor privilegiado de explicación, incluso cuando los hechos históricos invalidan esta imagen de la acción sostenida por Kornhauser.<sup>3</sup>

La producción sociológica francesa acerca de los movimientos sociales poco se adhiere de manera explícita al tipo de teoría que acabamos de describir. Aquí la tradición marxista es importante. Pero ésta también afirma en muchos renglones que “la situación determina la acción”, lo cual implica que muchos estudios de movilizaciones lo son en realidad de situaciones, sobre todo económicas, en las cuales se enmarcan los agentes. Se sostiene que el sentido de la situación se esconde en la situación “objetiva” del campesinado, de la pequeña burguesía, de la clase obrera... Pero así se eludió durante mucho tiempo el estudio de las ideologías y de las representaciones conocidas como “falsas conciencias”. Cuando el interés se centró en las “superestructuras”, éstas se consideraron en términos de instancias y, por lo tanto, como una dimensión dada de la situación con la cual el cuadro se enriquecía. La explicación en términos de instancias rige entonces la lógica de la investigación y poco importa si se otorga una autonomía más o menos relativa a tal o cual instancia, porque la lógica de la explicación mediante la situación no está comprometida por la discusión acerca del juego relativo de los factores determinantes. Se argumentará que la tradición marxista se distingue de los análisis “clásicos” en que supone que la situación determinante es *contradictoria*, lo cual pone en primer lugar el papel de los conflictos sociales en la evolución de la sociedad, mientras en los modelos derivados del funcionalismo, la función reguladora lleva la primacía (Cosser, 1967). Pero este tipo de argumento se topa con la doble crítica de Castoria-

<sup>2</sup> Cf. Melucci (1976).

<sup>3</sup> Cf. la crítica de P. Birnbaum (1975).

dis, 1975). En primer lugar, no permite tomar en cuenta las transformaciones “objetivas” de una situación provocadas por una acción “subjetiva”, y la respuesta en términos de “relaciones dialécticas” no proporciona un modelo de explicación satisfactorio. En segundo lugar, la debilidad de este modelo reside en que no logra explicar cómo se pasa del orden de la contradicción “objetiva” al del conflicto sin recurrir a las necesidades históricas, lo cual transforma este modelo sociológico en postulado teleológico.

Cabe subrayar que estas dos tradiciones intelectuales que se oponen claramente en muchos aspectos coinciden en postular que, para el agente, el sentido de la situación es un obstáculo para el análisis. En numerosos casos, las diferencias de interpretación de un mismo fenómeno se refieren a la naturaleza de los niveles de situación considerados como pertinentes: sistema normativo dado, posición estatutaria, posición de clase, o más todavía, desajuste entre las expectativas culturales y el estatuto: frustración relativa. Pero independientemente de estos debates, el conjunto de estas concepciones de la acción implica que el trabajo de investigación se realice a partir de una posición de *observador*, al que le corresponde medir con exactitud la distancia entre una situación y la intencionalidad del sujeto. En la medida en que se analizan las conductas colectivas *como si* fueran comportamientos, incluso complejos, la intervención del investigador en el objeto fuera del estricto control experimentalista, es el mayor error epistemológico y metodológico que se pueda cometer. Por lo demás, esta posición de observador es muy difícil de mantener porque los movimientos sociales producen una abundancia de sentido a través de las ideologías, de los discursos, de los mitos, de los dramas que se crean y de los cuales dependen. Esta postura de observador puede ligarse, por lo tanto, a una filosofía de la historia muy comprometida. Así, en nombre de esta posición de observador, muchos intelectuales pudieron afirmar simultáneamente la extrema distancia de la conciencia a la acción y un compromiso político irrestricto. Esto no es paradójico sino en apariencia porque el intelectual analiza situaciones y contradicciones objetivas que implican una “política científica” ligada a un modo de intervención política mayor; esto mismo define a un tiempo al intelectual orgánico y al experto tecnócrata.

2. El recurso a la intervención sociológica sólo se justifica si

se abandonan las concepciones de la acción colectiva que acabamos de mencionar. La sociedad no puede definirse como un sistema de estatutos y de roles regidos por valores, ni siquiera como un puro sistema de poderes tendientes a reproducir un orden, desigualdades y exclusiones. Touraine mostró por qué estas imágenes de la sociedad no pueden aceptarse: no sólo no agotan los hechos observados sino que además están ligadas a representaciones de la cultura que perecieron con la entrada a las sociedades posindustriales. La imagen de un "progreso" y de una evolución se sustituyó por la de elecciones políticas.<sup>4</sup> Incluso aquellos que se interesan en organizaciones relativamente cerradas las definen no tanto como sistemas de estatutos y de roles sino como espacios de "incertidumbres", de iniciativas y de estrategias, (Cf. Crozier y Frieberg, 1973). Hasta la teoría de los roles ha sido criticada por los etnometodólogos (Cicourel, 1979). Más ampliamente aún, el individualismo metodológico postula muy vastas capacidades de acción que no se definen como efectos de situaciones sino, al contrario, como productoras de estas últimas (Olson, 1978).

Ciertamente no asumimos todas estas críticas ni todas estas perspectivas, pero ellas contribuyen a mostrar que si bien la acción no es tanto una "respuesta" a una situación, es, sin embargo, la capacidad de definición de la misma. Independientemente de la ideología del agente, es posible definir la militancia como el rechazo de ciertas categorías del orden o de la "evidencia", para descubrir de una manera más o menos clara los procesos de dominación, de exclusión, de explotación: las relaciones sociales. El militante evidencia el trabajo normativo del agente, su tentativa de transformar una identidad concebida en términos de estatutos en una identidad comprendida como el elemento de una relación social conflictiva. Así, la situación no se define independientemente del sentido que le atribuye el agente cuando se la representa. La intervención sociológica se propone estudiar a los agentes como tales, es decir, como productores de orientaciones normativas, agentes de relaciones sociales entendidas como relaciones y no como una jerarquía de estatutos, un sistema de orden o elementos de un sistema funcional.

Nuestro esfuerzo se sitúa primero en el ámbito de la acción de clase, o más precisamente, en el de los *movimientos sociales*

<sup>4</sup> Este evolucionismo fue ilustrado por T. Parsons (1973).

que conforman los agentes en conflicto en torno a las apuestas culturales centrales en el tipo de sociedad donde se constituyen. Pero la sociología de la acción, como la intervención sociológica, no deben limitarse al estudio de las conductas “militantes”; estudian las conductas *como si* fueran militantes. Ello significa que el movimiento social está definido de manera teórica y no histórica, o mejor dicho, de manera híbrida, mediante una generalización empírica. Ningún movimiento social está dado porque toda acción colectiva entremezcla varios niveles de prácticas y de significaciones. Nuestra hipótesis central consiste simplemente en que el conjunto de las prácticas está más o menos dictado por el movimiento social central de la sociedad considerada. El movimiento social es menos visible aun cuando se descompone el campo de las relaciones sociales, cosa que se manifiesta en la marginalidad y quizá en la locura.

Una vez definido teóricamente, el objeto del sociólogo sólo está presente y activo si da cuenta de las acciones a un tiempo encubiertas y manifiestas. Éstas nunca tienen sentido en sí, como lo revela la distancia entre los discursos y la práctica, y el sufrimiento de los agentes que no ven encarnar sus convicciones. Por lo tanto, no se puede apelar a la objetividad de la situación y reducir así el sentido que cobra para el agente a residuos y máscaras, ni tampoco definir la acción como la suma de las intenciones.

### ¿Por qué intervenir?

1. La importancia otorgada a las capacidades normativas del agente, y más ampliamente la negación de explicar la acción por la situación, no significa de ningún modo que el sentido de la acción se halle en la conciencia del agente y en su discurso, que son más que nada la expresión de su ideología. Esto llevaría a abandonar la posición del observador para adoptar una postura más peligrosa aún: la del *historiógrafo*. Esto sucede con mayor frecuencia de lo que pudiera pensarse, cuando el análisis de las motivaciones sustituye al de las causas de la acción. El sociólogo se convierte entonces en el heraldo de una lucha, de la cual simplemente traduce el discurso a un idioma más “científico”. Este deslizamiento hacia la historiografía es un riesgo evidente en la sociología de los movimientos sociales, porque los militan-

tes someten a los investigadores a un discurso fuerte, muy elaborado y a menudo con gran carga de culpabilidad. La frontera entre la “comprensión” y la identificación o, al contrario, el rechazo, es muy frágil.

Por esta razón es necesario intervenir con los agentes para desconstruir las orientaciones y las significaciones más inmediatas y más coherentes, y buscar la naturaleza de las relaciones sociales y de las orientaciones culturales que se esconden atrás de las representaciones dadas de los adversarios por combatir, de las poblaciones por defender y de los objetivos por alcanzar.

La unidad del discurso empieza a debilitarse cuando las representaciones del adversario se sustituyen por interacciones reales con éste. Por eso la intervención sociológica confronta los grupos militantes con interlocutores señalados como los adversarios en la lucha. La sustitución de la representación de una relación social por la experiencia de una interacción no es fácil y llega a desconcertar al agente. Así, los encuentros entre los militantes estudiantiles —que pensaban que su lucha era profundamente anticapitalista— con empresarios, por una parte, y sindicalistas obreros, por otra, muestran de manera clara el carácter estrictamente metafórico de estas significaciones “anticapitalistas” que el movimiento estudiantil vivía como si fueran las centrales de su lucha.

Para los militantes que se definen ante todo como agentes, el paso hacia una distancia analítica de su propia acción no se opera con espontaneidad e implica que los sociólogos intervengan y se definan como los mediadores de este paso. Este es el modo de intervención más frecuente para los sociólogos: orientar a un grupo de militantes hacia el análisis de su propia acción. Proceso largo y difícil, a veces agotador para los investigadores y los militantes, porque la distancia del análisis a la acción se debe mantener a lo largo del análisis. Nunca el sociólogo se vuelve un militante, ni siquiera un experto o un consejero, como tampoco el militante nunca abandona la referencia a la acción.

2. Este breve recordatorio de algunos principios de la intervención sociológica es insuficiente; sin embargo, nos permite determinar el papel del grupo en este tipo de investigación. El análisis no se centra en el grupo como tal. El grupo es el instrumento de análisis de una lucha, pero en ningún momento constituye su objeto. El dispositivo de la intervención es el lugar donde se en-

trecruzan el discurso de los agentes en una lucha cuyas grandes tendencias están presentes en los grupos militantes, y los análisis de los sociólogos. Tal definición nos aleja de toda “experiencia” de grupo, de todo trabajo de grupo centrado en sí mismo y de sus interacciones como resultados de procesos psicológicos. El grupo de intervención se centra en un trabajo: el de la producción de un análisis sociológico de una lucha; este objetivo constante organiza todo el procedimiento de trabajo. La intervención sociológica sólo se puede dar si la demanda de los militantes es una petición de análisis lo suficientemente firme como para que se acepten las condiciones arduas que exige semejante trabajo. Insistimos en esta imagen un poco brutal de la intervención sociológica con el fin de mostrar claramente que se trata de un dispositivo de investigación y no de un grupo interesados en la expresión del grupo, de la persona y su testimonio.

Estos elementos bastan para esclarecer lo que la intervención sociológica no es.

No tiene que ver con el método de investigación-acción trazado por Lewin (1972 y 1975). Éste construye la intervención alrededor de un problema por resolver, un problema de comunicación o de autoridad y un problema de resistencia al cambio. El experimentador actúa sobre las diversas fuerzas que pueden influir en la resolución de pruebas, a menudo definidas en términos instrumentales. Recurriendo a diferentes variables, las más de las veces relativas a la comunicación y a la autoridad, Lewin facilita la apertura y el cambio, y también logra revelar mecanismos generales de interacción social. En la investigación lewiniana, la validación de las hipótesis es de corte experimentalista; tiende a controlar y a actuar en un conjunto de factores cuyo efecto en los comportamientos intenta medir con la mayor exactitud posible. El marco de referencia de la intervención sociológica no es experimentalista; es analítico en la medida en que se trata no tanto de construir experimentalmente una red de causalidad como de desprender y jerarquizar significaciones y lógicas de acción. A este respecto, el hecho de no recurrir a cuantificaciones como lo hacían Lewin y su escuela en un principio, no es un simple asunto de técnica sino que depende del objeto estudiado y de la intención de conocimiento. En cambio, la idea según la cual el trabajo con grupos aporta conocimientos sobre los procesos sociales en general nos acerca a Lewin. Esto no supone evidentemente que lo “microsocial” de los grupos se conciba

como "un social global" a escala. En los grupos se observan lógicas generales, siempre y cuando se den elementos de validación exteriores a los grupos mismos (volveremos sobre este punto más adelante).

Una información superficial sobre la intervención sociológica podría hacer creer que se parece al "análisis institucional", tal y como lo entienden y lo practican Lapassade y Loureau en Francia. Hay que precisar lo que nos separa de él.<sup>5</sup> Primero, en lo que respecta a la teoría. Los teóricos del análisis institucional no definen los movimientos sociales como la expresión de un conflicto de clase dentro de una sociedad dada, sino como la espontaneidad constituyente que surge al calor del acontecimiento para perderse inmediatamente en las doctrinas y la organización. El movimiento social sería primero lo que se opone y se resiste a lo instituido, de la misma manera que la vida se resiste a la muerte o, más exactamente, como el deseo se resiste a la represión y a su desviación. Se trata de una definición no social de un movimiento en un mundo donde se dice que todo converge hacia la reproducción de las relaciones sociales y en el cual, según Lapassade, sólo el deseo y el cuerpo pueden romper este orden y transformarse en "analizador" de los mecanismos de la opresión. "Natural", es decir, acontecimiento histórico, o "artificial", es decir, el sociólogo mismo. El analizador no informa tanto de las luchas sociales como de la naturaleza de los mecanismos del orden que se revelarían en un momento dado. Pero es falso creer que el acontecimiento, aunque fuese éste revolucionario, es una "radiografía espontánea", cuando precisamente produce un exceso de sentido que lo vuelve obscuro; el acontecimiento revolucionario no se limita a desnudar al rey, lo viste de otra manera. Por lo tanto, no es creando un acontecimiento como se tira una piedra al agua, como se esclarecen las lógicas de los agentes sociales; al contrario, se confunden. La práctica del análisis institucional muestra claramente que la sociedad se considera como una institución que sólo se estremece bajo el efecto del escándalo provocado por los sociólogos que desvían la demanda. La ecuación que identifica las luchas sociales con la expresión y la emergencia del deseo está muy lejos de la observación histórica que muestra que los agentes tienen objetivos culturalmente definidos y que se ubican en sistemas políticos par-

<sup>5</sup> Cf. G. Lapassade (1975); R. Loureau (1974; 1976; 1977).

cialmente legítimos. Desde el punto de vista de la metodología, todo nos separa del análisis institucional, porque no intervenimos en grupos ni sobre todo en instituciones reales, porque aspiramos menos a revelar una opresión definida globalmente como a analizar relaciones sociales, porque no creamos un acontecimiento sino que entramos con los militantes en un proceso de análisis.

### Los hechos

Tratemos ahora las preguntas planteadas en la introducción a este texto. ¿Qué nos “garantiza” que los grupos no están contruidos a la imagen de nuestras expectativas ideológicas y sociológicas? ¿Cuál es el modo de validación de la intervención sociológica?

Es necesario decir en qué el material, los *hechos* producidos, resisten lo suficiente al análisis para que podamos hablar de demostración; tal vez no con rigor experimentalista, pero sí con una mayor confiabilidad que la que suele tenerse con la sociología de la acción colectiva que muy a menudo se limita a interpretar a *posteriori* opiniones o acontecimientos. Para evitar falsos debates, aceptamos de buena gana la crítica que Nagel formulaba al psicoanálisis: el proceso analítico no corresponde a los criterios habituales del conocimiento científico en la medida en que no se presta a una verificación empírica controlada y reproducible. La teoría de Popper tiene el mérito de proponer a las ciencias humanas ambiciones menos vertiginosas y nos invita a mostrar en qué la intervención sociológica adelanta hechos suficientemente sólidos como para que sus hipótesis comprobadas en luchas específicas puedan al menos ser refutadas.

### Los grupos

a) Recordemos primero algunos lugares comunes a veces olvidados. En todas las ciencias humanas, y probablemente en todas las demás, dicen Prigogine y otros (1979), los hechos nunca se dan en forma pura; son preconstruidos y preinterpretados. Como en una investigación, el material de la intervención, y en primer lugar la composición de los grupos militantes, se elabora de acuerdo con el problema sociológico que los investigadores

quieren estudiar. Trátese de las premisas acerca de la lucha occitana, ¿ésta se define por la tentativa de articular una reivindicación cultural con una defensa económica? Los grupos están compuestos por militantes que se reparten entre estos dos registros. Trátese del problema de la evolución de la conciencia obrera, formamos grupos integrados a la vez por obreros especializados, obreros profesionales y técnicos. Los grupos de intervención sociológica no pretenden para nada ser la fotografía de una lucha, de un acontecimiento, y menos aún de una población; son el resultado de cierta formalización de un problema sociológico. No se trata de grupos "promedio"; los formamos allí donde el problema sociológico estudiado parece tener más oportunidades de agudizarse. La crítica que se le hace a la intervención sociológica, según la cual no se trabaja con un material estadísticamente representativo al seleccionar componentes significativos para el análisis, es sumamente débil, porque estas elecciones y selecciones existen por igual en métodos antagónicos al nuestro. Cuando Shorter y Tilly (1974) analizan las huelgas en Francia y subrayan la debilidad de las correlaciones entre las huelgas y la coyuntura económica, y la fuerte dependencia de las huelgas con respecto a los conflictos políticos, nadie les critica, y con toda razón, por no haber considerado el conjunto de las correlaciones posibles ni por haber delimitado el campo de sus investigaciones al proponer una definición de su objeto. El principio mismo de construir un material de trabajo en función de hipótesis iniciales no implica más violación de las reglas habituales del método científico que con los métodos más clásicos. La intervención sociológica corresponde a la definición del objeto que estudia, pero éste no puede doblarse a indicios matemáticamente medibles como suele suceder cuando se supone que la acción procede de una opinión medible o de una situación estatutaria que se puede traducir en indicios cuantificados. Porque es posible medir de manera cuantitativa el estatuto de los estudiantes en lucha, ¿es correcto considerar que sólo es científica la idea según la cual los problemas en las escalas de estatutos y de movilidad explican la acción estudiantil? En este caso, son las formas de una ideología que imponen la definición teórica del objeto y las conclusiones que se desprenden.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Esta concepción "metodológica" del objeto sostenida por Lazarsfeld fue ilustrada con el caso del movimiento estudiantil por R. Boudon (1968).

b) Después de haber tratado los problemas relativos a la representatividad de los grupos, cabe subrayar que trabajamos con varios grupos, y que, cuantitativamente, el material recopilado es considerable. Cada investigación se lleva a cabo con distintos grupos animados por diferentes investigadores, lo cual permite anular los efectos de homogeneidad psicológica. Una intervención cuenta con el trabajo de varias decenas de militantes, dura más de unas cien horas repartidas en varios meses, moviliza a numerosos interlocutores. El corpus que así se constituye rebasa las mil páginas y muchas sesiones se graban en video. Al final se cuenta con un material abundante, cuya interpretación a menudo es más trabajosa que en las encuestas clásicas. Una intervención sociológica no consiste en el encuentro fugaz entre algunos militantes y sociólogos; es también la constitución minuciosa y rigurosa de un corpus que no puede doblarse a un juego arbitrario de interpretaciones.

c) Cuando, en un corpus tan diversificado y con experiencias de grupos, numerosos y disímiles, obtenemos fuertes regularidades, procesos idénticos en los encuentros con los interlocutores o bien respuestas idénticas frente a las mismas hipótesis propuestas por distintos investigadores, tendemos a considerar la permanencia de los hechos registrados como elementos sólidos de validación de las hipótesis. En cambio, cuando se observan diferencias, éstas indican la fragilidad de las hipótesis y la necesidad de reformularlas. Sin embargo, pueden preverse respuestas diferentes por parte de los miembros de los grupos, o de éstos en su conjunto, frente a estímulos teóricos o controlados desde el punto de vista de las relaciones. La previsibilidad de los comportamientos de los distintos militantes en el seno de un grupo es, por supuesto, el elemento de validación más pertinente que este método propone.

#### *La autonomía de los agentes*

a) El material de la intervención es un relato: el del trabajo de análisis de una lucha. Se trata del relato del recorrido progresivo de militantes que intentan analizar su acción desde el punto de vista de las hipótesis formuladas por los investigadores a partir del trabajo de los grupos.

Contrariamente a lo que se nos critica, el relato de una intervención no está totalmente controlado ni manipulado por los

investigadores. Como se ha dicho, los encuentros con los interlocutores acarrear sorpresas y las investigaciones muestran que las expectativas de los investigadores sólo se confirman en pocos casos. El relato también se constituye a partir del trabajo intelectual de los investigadores, quienes formulan interpretaciones y análisis que someten a los grupos. Todo lector atento ve cómo el material se resiste a los sociólogos.

b) Si no existe el encuentro lírico entre los investigadores y los militantes, tampoco existe la seducción cultural según la cual sociólogos informados y cultos, incluso a veces prestigiados, aplastarían a militantes menos armados culturalmente. Trabajamos con agentes culturalmente ajenos a nosotros, tales como campesinos y obreros, obreros polacos, y éstos se expresaron con la misma fuerza que si fueran intelectuales. Opusieron sus razonamientos a los de los investigadores y sus argumentos eran tan elaborados como los nuestros. Por otro lado, los militantes más intelectuales no desempeñaron siempre un papel de liderazgo en los grupos; no se observó en ellos mayor resistencia ni mayor convivencia que en los demás agentes.

La intervención sociológica pertenece primero al ámbito de la interpretación y luego al del análisis del discurso y de las actitudes; por lo tanto, es difícil hablar aquí de demostración y de comprobación sin caer en un abuso de lenguaje. Pero, más modestamente, se pueden adelantar varios signos de validación ligados a este método.

c) La aceptación del análisis por los agentes, en este caso los grupos de militantes que participan en la intervención, puede ser uno de estos signos. La aceptación es doble: los militantes aceptan la interpretación que se les da de su propia historia en la investigación, y, sobre todo, reconocen en este relato el análisis de una lucha de la cual fueron los mediadores. En rigor, esta aceptación es un elemento de validación más ambiguo de lo que parece. Freud admitía que la aceptación de la interpretación propuesta por el analista al paciente podía suceder demasiado pronto, consistir en una simple transferencia y, en el fondo, manifestar una resistencia. En el caso de la intervención, si esta aceptación del análisis por parte de los militantes se da aisladamente de otros signos de validación, puede deberse a la fascinación ejercida por los investigadores o, más sencillamente aún, a un efecto de "espejismo grupal" mediante el cual al adherirse a un análisis, los grupos se identificaron a sí mismos como buenos grupos.

Pero si insistimos en considerar la aceptación de una interpretación y de un análisis por parte de los militantes como un elemento de comprobación es porque la mayor parte del tiempo esta aceptación está lejos de ser autogratificante y hasta puede resultar dolorosa. Los investigadores pueden ser rechazados porque destruyen los espejismos y subrayan la distancia dramática entre la convicción y la práctica. Por lo demás, la aceptación del análisis no es la expresión aislada de dos grupos, desde distintas perspectivas de investigación; la sociología permanente ha trabajado con más de cuarenta nuevos militantes que no fueron sometidos al conjunto del proceso de investigación y, por lo tanto, no han podido ser “seducidos”. Recordemos que los militantes a menudo tienen fuertes capacidades de resistencia y de producción ideológica. Por consiguiente, la aceptación de un análisis por parte de un gran número de militantes sigue siendo un signo de validación que no hay que subestimar. En todo caso, parece extraño considerarlo como una “prueba” de error, de seducción recíproca entre los sociólogos y los militantes.

### *La sociología permanente*

La “sociología permanente” “verifica” la pertinencia de un análisis en la medida en que muestra que nuevos militantes lo pueden utilizar no sólo para leer sus prácticas sino también para programar nuevas acciones. Para estos nuevos militantes no se trata únicamente de manifestar un acuerdo intelectual sino de regresar de las categorías del análisis a las de la acción para eventualmente transformarla. Este proceso es sumamente largo y atañe a militantes muy diferentes de los que trabajaron en los grupos iniciales. Por lo tanto, no basta con que militantes “deslumbrados” acepten un análisis de su lucha sino que es necesario también que lo pongan a funcionar de manera pertinente. Esto puede conducir a los sociólogos a formular nuevas hipótesis en el transcurso de la investigación. La sociología permanente permite evaluar la capacidad de reproducción de un análisis construido en dos grupos a menudo muy alejados el uno del otro, y cuando seis grupos llegan a conclusiones idénticas, éstas se considerarán como sociológicamente fundadas, es decir, que van más allá del azar de la dinámica de los grupos.

*El material histórico*

A los modos de validación internos al método que acabamos de mencionar hay que añadir los signos de validación externos. El primero está en la capacidad de interpretación histórica de luchas y acontecimientos a partir del modelo de análisis construido durante la intervención. Si dicho análisis permite interpretar un material histórico de manera más completa y sutil que con los análisis anteriores, se puede considerar que crea un valor suplementario de conocimiento. Por lo demás, la intervención sociológica evidencia la dinámica interna de un movimiento, la "mecánica" productora de acción que, en la mayoría de los casos, escapa a los sociólogos que registran más bien discursos y testimonios en lugar de dramas y procesos. La validez del análisis queda demostrada si la parte no explicada del residuo histórico es menor que en otros estudios.

En condiciones controladas el único y verdadero criterio de validez estaría en la capacidad de prever la acción. En el proceder de la investigación misma, esta capacidad de previsión puede estimarse con la sociología permanente. Pero no tiene cabida la previsión histórica, tanto para nosotros como para el conjunto de las ciencias humanas. Se sabe que en este campo las previsiones son tan vagas y tan a largo plazo que corren poco riesgo de ser refutadas. Incluso en el caso de una previsión confirmada, esto no es garantía de que el razonamiento fuera justo. En cambio, es necesario hacer previsiones sociales, mas no históricas. Se puede decir en cuáles condiciones tal o cual lucha se desarrollará o se frustrará, optará por la negociación o la violencia, será paralizada por conflictos internos... Esta previsión sociológica es esencialmente negativa, del mismo modo que en el campo de la cultura, a Levi-Strauss le interesa más revelar formas de comportamientos imposibles que estructuras compatibles. El conocimiento de las lógicas de la acción enseña sobre todo lo que éstas no podrán ser.

El conjunto de estas observaciones es prudente y no pretenden adjudicarle a la intervención sociológica más de lo que puede comprobar. Pero insistimos en que estos signos de validación están lejos de ser inferiores a lo que el medio de los sociólogos suele admitir para caracterizar los trabajos de científicos. En el campo del estudio de la acción colectiva, pensamos que hasta son superiores a los trabajos en los que el material desempeña

un simple papel de ilustración. Los “hechos” producidos por la intervención son suficientemente numerosos y sólidos como para que quede claro que este método no se reduce a un círculo tautológico.

### *Las capacidades de acción*

El dilema de la investigación-acción se ha presentado a menudo como el de una elección entre la producción de conocimientos y la voluntad de transformar las prácticas (R.N. Rapoport, 1973 y 1977; R. Sevigny, 1977). Planteado de esta manera, el problema de la intervención sociológica conlleva todos los aspectos de un círculo vicioso porque el investigador produce conocimientos sólo en la medida en que actúa en el agente. En la intervención sociológica el objetivo del conocimiento rige el procedimiento de la investigación en su conjunto. Las transformaciones del agente provocadas por el análisis no deben considerarse como un artefacto perjudiciable porque participan en el procedimiento de la demostración, pero son difíciles de estimar en términos de validación.

Así, el método de intervención psicológica puede legítimamente considerar la “cura” como un signo de validación de la teoría; es importante que el paciente del psicoanalista se sienta mejor. Pero esta posición debe ser matizada porque, como lo muestra Devereux, el mejoramiento de la salud del paciente no es forzosamente el resultado de los objetivos explícitos del terapeuta. Puede ser el efecto de un mecanismo fuera de control. El desarrollo de las capacidades de acción de los militantes después de la intervención sociológica, la “utilidad” del método, muy difícilmente se puede interpretar desde el punto de vista de la validez de la teoría, siendo a un tiempo uno de los puntos más a discusión en el método. Se impone adoptar una posición prudente. Cuando las capacidades de análisis y de programación se transforman en acción real, se vuelve sumamente difícil para el investigador seguir su desarrollo, sobre todo cuando se fija a sí mismo una regla de “abstinencia” que lo prohíbe actuar como ideólogo o como experto. Hay que recordar que la intervención sociológica es un método de conocimiento; su objetivo es por consiguiente *liberador* y no *correctivo*. La eficacia de una intervención nunca se puede medir en términos directamente instrumentales. Por lo tanto, hay que renunciar a ubicar la interven-

ción sociológica en el terreno de la investigación-acción.

Los agentes no hablan el lenguaje de su práctica; no sólo porque son necesariamente ideólogos sino también porque sus categorías de análisis proceden de modos de conocimiento que pertenecen a sistemas de relaciones sociales ajenos a los suyos. La eficacia histórica de la intervención consiste en reducir este desajuste a menudo espectacular y paralizante. Pero es preciso mantener una franca separación entre el lenguaje del análisis y el de la acción, el de la sociología y el de la historia y de la política. Sólo así se podrá evitar la degradación de la investigación sobre ideología. La intervención sociológica es un método de conocimiento y la acción que provoca debe ser asimismo un objeto de este conocimiento. Esto hace de la intervención un proceso infinito de retroalimentación entre el investigador y el agente.

Traducción de Fabienne Bradu

## Referencias

- Birnbaum, P., *La fin du politique*, París, Seuil (1975).
- Boudon, R., "La crisis universitaria francesa, ensayo de diagnóstico sociológico", en *Annales*, núm. 93.
- , "Mayo 68, crisis o conflicto, enajenación o anomia", en *L'année sociologique*, vol. 19 (1968).
- Castoriadis, C., *L'institution imaginaire de la société*, París, Seuil (1975).
- Cicourel, A.V., *La sociologie cognitive*, París, PUF (1979).
- Coser, L., *Continuities in the study of social conflicts*, Glencoe, The Free Press (1967).
- Crozier, M. y E. Friedberg, *L'acteur et le système*, París, Seuil (1977).
- Devreux, G., *De l'angoisse a la méthode dans les sciences du comportement*, París, Flammarion (1980).
- Germani, G., *Politique, société et modernisation*, Gembloux, Duculot (1971).
- Dubry, M., "Variaciones de control social y dinámica de las representaciones: observaciones sobre una hipótesis de Neil Smelser", en *Analyse de l'ideologie*, París, Gallilée (1980).
- Gurr, T.R., *Why men rebel?*, Princeton, Princeton University Press (1970).
- Lapassade, G., *Socioanalyse et potentiel humain*, París, Gauthier-Villars (1975).
- Lewin, K., *Psychologie dynamique*, París, PUF (1972).
- , Lippit, Whyte y Festinger, en A. Lévy (ed.), *Psychologie sociale*, París, Dunod (1965).
- Loureau, R., *L'analysteur LIP*, París, UGE (1974).
- , *Sociologue a plein temps*, París, EPI (1976).
- , *Le gai savoir des sociologues*, París, UGE (1977).
- Mannoni, O., *Un commencement qui n'en finit pas*, París, Seuil (1980).
- Melucci, A., *Movimenti di rivolta. Teori e forme dell'azione collective*, Milán, Etas Libri (1976).
- Moscovici, S., *La psychologie des minorités actives*, París, PUF (1979).
- Parsons, T., *Sociétés. Essai sur leur évolution*, París, Dunod (1973).

- Prigogine, I. e I. Stenger, *La nouvelle alliance*, Paris, Gallimard (1979).
- Olson, M., *Logique de l'action collective*, Paris, PUF (1978).
- Rapoport, R.N., "Los tres dilemas de la investigación-acción", en *Connexion*, núm. 7, pp. 115-131 (1973).
- Sevigny, R., "Intervención psicosociológica, reflexión crítica", en *Sociologie et Société*, vol. 9, núm. 2 (1977).
- Shorter, E. y C. Tilly, *Strikes in France, 1830-1968*, Cambridge, Cambridge University Press (1974).
- Smelser, N., *Theory of Collective Behavior*, Nueva York, The Free Press (1962).

